

## **La sostenibilidad del sentido común.**

La arquitectura es una idea tan vieja como la propia construcción. Un elemento de creación que se usaba incluso antes que el propio lenguaje.

Sin embargo, los cambios que se han producido en los siglos XIX y XX y que se siguen produciendo en éste han llevado a la construcción mucho más allá de lo que era plenamente lógico, en parte por unas necesidades que crecen exponencialmente y en parte por una visión de la ciudad como negocio.

Actualmente parece que hay una corriente que empieza a solicitar que la arquitectura sea sostenible, una palabra que, como han indicado ya grandes arquitectos, corre el riesgo de perder su significado a manos de quienes la usan solamente para seguir lucrándose.

No obstante, sería interesante aunque quizás algo utópico el pensar una nueva forma de crecer de la ciudad. No se trata de un cambio de tipos, formas o modelos, sino de un cambio de concepto.

Más allá de nuevas máquinas o arquitecturas, sería suficiente con usar la que seguramente es la mejor y mayor herramienta de cualquier arquitecto, el sentido común.

Unos criterios lógicos apoyados en una idea de gasto razonable, junto a unas inversiones a medio y largo plazo en el incremento de la producción de energía dentro de las ciudades con métodos de generación de energía que aún denominamos alternativos, pero que deberían pasar necesariamente a convertirse en los usuales: solar, eólica, geotérmica...

Pasamos pues a generar un crecimiento de la ciudad que idealmente sería casi autónoma energéticamente.

Si tenemos unas necesidades de equipamientos en las ciudades, y de viviendas, ¿por qué no destinamos por ley también una parte de la ciudad a generar la energía que nos resulta tan necesaria en cualquier aspecto de la vida?

Es absurdo implantar un modelo de generación único, sino que debería adaptarse a la zona en la que se necesita. Así, la energía solar sería ideal en algunas zonas de España, la eólica lo será para otras, los biocombustibles serán de interés en otros lugares y quizás la geotérmica sirviera para muchas otras.

Más allá de estos aspectos es importante también ver la pequeña escala, la necesidad de concienciación del reciclaje de los materiales de construcción en las obras, la resolución de paradojas como que la obligatoriedad a los edificios a tener redes de aguas separativas pero que confluyen en una única red en la calle...

Es evidente que esto trastocará las formas y vías constructivas y deberemos adaptarnos, pero algo similar pasó cuando empezó a usarse el hormigón armado de Lambot o los ascensores de Otis y hoy en día apenas pensamos en la construcción a gran escala sin ambos artificios.

Con respecto al primer aspecto quizás podríamos volver la vista atrás, aunque sea por un momento, y mirar con otros ojos la fascinación de los arquitectos de principios y mediados del siglo XX con los prefabricados, puede que aprendamos algo de ellos.

Sin embargo, todo esto sería inútil si no lo acompañáramos de unas densidades de crecimiento aceptables, quizás en torno a treinta o cuarenta viviendas por hectárea, en edificios mayormente de media altura, para no crear los problemas de los rascacielos o de las construcciones extensivas.

Dice Iñaki Ábalos que “la sostenibilidad no es una idea de proyecto” y es cierto, no podemos apoyar un proyecto en ello por dos motivos. El primero es porque quedará vacío de contenido. El segundo es porque corremos el riesgo de que pase esa fase y cambiemos las ideas.

También se preocupa por el viraje de la arquitectura desde la tectónica a la termodinámica, pero es algo lógico. Los problemas mundiales se concentran en torno a la energía, no a la tierra como hace siglos, y será la primera la que ordene de nuevo el sistema constructivo.

La sostenibilidad ha llegado a la arquitectura, pero deberá quedarse del mismo modo que tenemos otros conceptos siempre en mente, como la espacialidad, la estética, la funcionalidad o la estabilidad.

**F. Álvarez del Vayo**